

2º parte

Medellín

Por Luis Miguel Baronetto

"El episcopado latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza, que en muchísimos casos llega a ser inhumana miseria. Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte." (Doc. XIV. Pobreza de la Iglesia.-Medellín, 1968)

En la segunda mitad del año 1968 se realizó en la ciudad colombiana de Medellín, la segunda Conferencia Episcopal de Latinoamérica (CELAM), con la participación de representaciones de los episcopados de todos los países de América Latina y el Caribe. Tenían la tarea de aplicar a la realidad de la iglesia católica latinoamericana la renovación doctrinal y pastoral que se había debatido y aprobado, a nivel mundial, en el Concilio Euménico Vaticano II.

Así como los documentos conciliares tuvieron una fuerte repercusión mundial, generando también corrientes opositoras del tradicionalismo católico, los documentos finales de los obispos latinoamericanos en Medellín canalizaron las corrientes renovadoras que venían expresándose de distintas formas en los diferentes países de nuestro continente.

El debate de los obispos expresó las búsquedas y nuevas prácticas pastorales que venían desarrollándose en la iglesia latinoamericana. Era la repercusión hacia el interior de la iglesia de una realidad caracterizada por las injusticias sociales y el surgimiento de movimientos políticos que impulsaban cambios profundos. Muchas y diversas fueron esas expresiones. Apenas para citar las más cercanas digamos que en Argentina incluyó la experiencia de los "Curas Obreiros" en la diócesis de Avellaneda con el Obispo

Podestá y la inserción de sacerdotes y religiosas en barrios pobres y villas miserias con participación en las problemáticas vecinales, de salud y educación. Destacada fue la actuación de la Hermana Guillermina en los bosques chaqueños, fomentando la organización cooperativa entre los trabajadores de los algodonales. También la crisis de la iglesia en Córdoba luego de los reportajes a sacerdotes en el diario Córdoba, en abril de 1964, que se pronunciaron por la renovación de la iglesia, criticaron a los colegios religiosos dedicados a los ricos y apoyaron el plan de lucha de la CGT de ese año. Todo ello con el apoyo del joven Obispo Angelelli, quien el mismo día que se inauguraba la Conferencia - el 24 de agosto de 1968 - asumió como titular de la diócesis de La Rioja. Los grupos de reflexión bíblica y las incipientes comunidades eclesiales de base irán germinando en las barriadas populares y entre el campesinado pobre y las comunidades indígenas de Brasil, Bolivia, Ecuador y otros. En todos los países latinoamericanos surgirán expresiones de lo que luego se denominará "Cristianismo de Liberación", con el fuerte impacto de la Teología de la Liberación como reflexión teórica de aquellas prácticas.

La revista "Cristianismo y Revolución" será en nuestro país un medio de expresión donde confluirán

El sábado 24 de agosto de 1968, en la Catedral de Bogotá, Colombia, el papa Paulo VI inauguró la II Conferencia del CELAM, cuyo debate se desarrolló en Medellín.



Intervenciones de los obispos en la Conferencia:

“Es difícil, a veces, por no decir imposible, responder a la vocación divina de un desarrollo integral de la persona. De ahí la necesidad imperiosa de crear condiciones de vida que hagan posible la fidelidad del hombre a su vocación divina y el compromiso urgente para la Iglesia de denunciar proféticamente las situaciones injustas”. Mons. Eduardo Pironio.

“Las vastas zonas indígenas de América Latina son un *antisigno*, pues habiendo pasado varios siglos, ese gran problema no ha sido resuelto; ya que al intento de integración se le considera, muy comúnmente como un asesinato de sus culturas”. Mons. Samuel Ruiz

distintas experiencias revolucionarias, no sólo las de raigambre cristiana como la del cura guerrillero Camilo Torres en Colombia, sino también las generadas por la resistencia peronista y las de origen marxista emblemáticas en el Che y la revolución cubana. También el surgimiento, en todas las provincias, del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Organizaciones semejantes aparecerán en otros países latinoamericanos: Cristianos por el Socialismo, en Chile; Grupo Sacerdotal Golconda, en Colombia; ONIS, en Perú; y Movimiento de Sacerdotes para los Pobres, en México.

En la ciudad de Córdoba los estudiantes se congregarán en la Parroquia Universitaria de Cristo Obrero, a orillas de La Cañada, donde en 1966 realizarán una huelga de hambre en repudio a la dictadura del Gral. Onganía. Muchos de estos militantes cristianos se irán insertando en agrupaciones políticas; y de allí se sumarán a la formación de organizaciones armadas, como Descamisados o Montoneros.

Convivirán en este amplio espacio renovador, no exento de conflictos, quienes apostaban a una salida revolucionaria, que incluía la metodología de la lucha armada para la toma del poder, a ejemplo de la triunfante revolución cubana; y quienes alertarán como Mons. Helder Cámara, de Brasil, sobre la inconveniencia de esta vía, propugnando los cambios sociales a través de procesos de mayor participación popular. Ambas posturas serán sin embargo combatidas con igual virulencia por los poderes establecidos, que calificarán enseguida a los documentos de Medellín como “marxistas” y a las corrientes renovadoras como “infiltraciones del comunismo” dentro de la iglesia católica, cuando por esta misma época comience a desarrollarse la doctrina de las fronteras ideológicas. Será precisamente un militar argentino, el general Onganía, quien como comandante de las fuerzas armadas, expondrá en 1966 en la Escuela de las Américas sobre la nueva misión de los ejércitos en esta parte del continente en el combate sin tregua al comunismo internacional, pervertidor de los valores de la civilización occidental y cristiana. Será éste el germen de la doctrina de la seguridad nacional que se desarrollará

para aniquilar, mediante el terrorismo de estado, a la “subversión apátrida y marxista”.

¿Qué decían los documentos de Medellín?

Los obispos reunidos en Medellín, en el “mensaje final” que encabezan los documentos dirán que “La Iglesia, a pesar de sus fallas y limitaciones, ha vivido con nuestros pueblos el proceso de colonización, liberación y organización”. Señalaban allí “las injusticias que claman al cielo” especificando que “se conjugan el hambre y la miseria, las enfermedades de tipo masivo y la mortalidad infantil, el analfabetismo y la marginalidad, las profundas desigualdades en los ingresos y las tensiones entre las clases sociales, los brotes de violencia y la escasa participación del pueblo en la gestión del bien común”. Advertían que “América Latina intentará su liberación a costa de cualquier sacrificio”. En la “introducción” anunciaban que “estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva”. Y propugnaban una transformación mediante “el verdadero desarrollo, que es el paso para cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas”, repitiendo un texto de la Encíclica *Populorum Progressio* del Papa Pablo VI. Los 16 documentos de Medellín se estructuraron en tres grandes bloques temáticos: 1. Promoción Humana, 2. Evangelización y crecimiento de la fe, 3. La Iglesia visible y sus estructuras.

No es un dato menor la prioridad que estos documentos le otorgaron a la realidad social del continente. En el primer documento titulado “Justicia” sostenían que “la socialización entendida como proceso sociocultural de personalización y de solidaridad crecientes, nos induce a pensar que todos los sectores de la sociedad, pero en este caso, principalmente el sector económico social, deberán superar, por la justicia y la fraternidad, los antagonismos, para convertirse en agentes del desarrollo nacional y continental”. E instaban allí a una profunda reforma política.

En el documento “Paz”, los obispos denunciaban las desigualdades entre las clases sociales, las diversas formas de marginalidad y el poder ejercido injustamente por ciertos sectores dominantes, así como las tensiones del neocolonialismo externo. También afirmaban “la progresiva toma de conciencia de los sectores oprimidos frente a su situación”. Al calificar a la violencia como uno de los problemas más graves, afirmaban la apuesta por la paz sobre la base de la justicia. Decían también que la situación de injusticia era una “**violencia institucionalizada**”. Y por eso no debía extrañar “**la tentación de la violencia**”. De allí la advertencia: “No hay que abusar de la paciencia de un pueblo que soporta durante años una condición que difícilmente aceptarían quienes tienen una mayor

conciencia de los derechos humanos."

Completaban el primer bloque temático los documentos sobre **familia, educación y juventud**. En el primero constataban los cambios sociológicos que exigían rescatar a la familia como fuente de valores esenciales a la condición humana. Una fuerte apuesta hicieron los obispos al reivindicar el rol de una "**educación liberadora**" llamada a "liberar a nuestros hombres de las servidumbres culturales, sociales, económicas y políticas que se oponen a nuestro desarrollo". Al abordar la temática de la juventud le rescataban su sensibilidad social y advertían sobre su rechazo a un tipo de sociedad deshumanizadora, valorizando a su vez su esfuerzo por un mundo más comunitario.

Los dos últimos bloques de los documentos centraban su reflexión sobre cuestiones más eclesiales, procurando una renovación en las estructuras pastorales para adecuarlas a las nuevas realidades. Entre otros importantes aspectos alentaban la formación de "**comunidades cristianas de base**" como "primero y fundamental núcleo eclesial". Luego de asumir autocríticamente las quejas sobre la alianza con los ricos, los obispos impulsaban el compromiso de una "**iglesia pobre**" como testimonio de vida junto a quienes sufren "el mal" de la pobreza.

El último documento, el XVI, dedicado a los **medios de comunicación social**, destacaba su rol al "despertar la conciencia de grandes masas sobre sus condiciones de vida, suscitando aspiraciones y exigencias de transformaciones radicales". Y le asignaban una tarea importante como "agentes activos del proceso

de transformación, cuando se ponen al servicio de una auténtica educación integral, apta para desarrollar todo el hombre, capacitándolo para ser el artífice de su propia promoción, lo que también se aplica a la evangelización y al crecimiento de la fe."

Breve reflexión final

Fueron importantes estos documentos. Por sus textos, pero quizás más todavía por el valor simbólico que adquirieron al potenciar el compromiso social de los cristianos. Los obispos institucionalizaron muchas reflexiones, actitudes y prácticas que se venían manifestando en el seno del cristianismo latinoamericano. Y esto sirvió no sólo para respaldar el compromiso de quienes habían optado por los pobres, sino para alentar a muchos otros a hacerlo. Posibilitó extender la vivencia de este cristianismo, abriendo nuevas perspectivas de compromiso social y político, en una actitud ecuménica que priorizó la articulación de las diferencias en pos de una transformación profunda que demandaba cambios sociales de raíz. Y así se concretó la participación de muchos cristianos en los movimientos de liberación de los distintos países latinoamericanos.

Ante semejante vendaval de liberación, en un continente donde las mayorías populares empobrecidas se identificaban con un sustrato cultural-religioso imbuido de valores cristianos, los sectores dominantes, tanto de las viejas oligarquías nacionales como de los nuevos actores imperiales, vieron que se les esfumaba uno de sus principales bastiones de justificación ideológica para el mantenimiento de una estructuración social injusta.

Y arremetieron con todas sus armas. Desarrollaron la doctrina de seguridad nacional. Agigantaron el fantasma del comunismo, "ateo y marxista", que infiltrado venía a destruir los valores de "nuestra civilización occidental y cristiana". Tendieron nuevos lazos con jerarquías eclesásticas que se sintieron aliadas y beneficiarias del poder establecido. Y, al compás de los distintos procesos políticos que fueron instaurando las dictaduras genocidas, el cristianismo de liberación sumó sus mártires a la larga lista de luchadores populares que fueron víctimas del terrorismo de estado.

Pero, al decir de San Pedro Crisólogo en los primeros siglos del cristianismo perseguido, "**los mártires nacen al morir. Su fin significa el principio... Ahora brillan en el firmamento cuando se pensaba haberlos suprimido de la tierra**". Y este brillo es el que pareciera iluminar los nuevos procesos políticos y sociales que viven nuestros países de Latinoamérica. Aunque la involución vaticana ha tenido fuerte repercusión en los episcopados latinoamericanos, el "espíritu" de Medellín se ha mantenido en miles de testimonios que continúan - con nuevas formas y menos repercusión pública - desparramados en la ancha y profunda geografía latinoamericana.-

Cristianismo y Revolución



DEBRAY

Autodefensa

FIDEL: Prólogo al

diario del CHE

ALERTA

por su viaje

JULIO 1968

© 150

8